

Abogado, soltero, 43 años; es senador por Santiago poniente y militante del Partido Unión Demócrata Independiente (UDI).

JAIME GUZMAN



Soy aficionado al fútbol desde que tengo recuerdo. Mi padre era dirigente de la Católica y mi madre era también hincha entusiasta, en una época en que eso era muy poco corriente entre las mujeres.

Ambos iban todos los domingos a ver a la UC. A veces me llevaban y otras me quedaba oyendo el partido por la radio. Mi pasión por el fútbol llegaba a un verdadero fanatismo. Ahora me sigue gustando igual, pero con más tranquilidad y con mayores exigencias. La televisión nos ha permitido familiarizarnos con el mejor fútbol mundial, lo que hace menos atractivo ir al estadio a ver un partido que sea de nivel mediocre.

Es un hecho objetivo que el fútbol constituye una pasión de multitudes. En eso supera a cualquier otro deporte. Siempre me he preguntado dónde radica su magia. No creo que haya una explicación única. Pero tal vez lo más relevante reside en lo esquivo del gol. El objetivo del fútbol —que es el gol— no se produce con la profusión del básquetbol o de los puntos ganados del tenis o del vóleybol. Por eso, cada gol genera un estallido de la masa y se grita a todo pulmón.

De ahí también que un partido sin goles deja sabor incompleto, por bueno que haya sido, si bien más que el número de goles, la emoción de un partido está en la frecuencia de las ocasiones de gol.

Aun así, la innovación de los "penales largos" no me convence, porque me parece una forma artificiosa de ampliar la menos afortunada de todas las reglas del fútbol, que es el penal.

Empecé a arbitrar fútbol en el colegio, porque el usar anteojos me resultaba limitante para jugar. Además, no había muchos voluntarios para arbitrar. Le fui descubriendo progresivamente el atractivo.

Hice un curso y lo he practicado como "hobbie" desde entonces, en múltiples partidos de aficionados o ligas. Aparte de ser un excelente ejercicio arbitrar un partido encierra un desafío fascinante, sobre todo si uno aprecia la genialidad del reglamento del fútbol.

Creo que mi vocación por las leyes tiene mucha

relación con mi admiración por el reglamento del fútbol, pese a mis reservas sobre el penal.

Las reglas del fútbol conforman un conjunto armonioso y muy original, partiendo por el que no se pueda utilizar los brazos o las manos, con la excepción del arquero, figura que también le introduce un ingrediente apasionado. Pero creo que la regla clave del fútbol es el *off side* o "fuera de juego". El inventor de ella hizo una creación notable. Toda táctica y práctica futbolística debe considerar esa regla como eje básico. Cualquier cambio en ella podría desnaturalizar por entero al fútbol.

Todos tenemos a algún futbolista como el máximo ídolo. El mío fue siempre Sergio Livingstone, a quien

considero el mejor jugador chileno de todos los tiempos. Lo conocí desde niño, porque era muy amigo de mis padres y lo veía constantemente en mi casa. Pero mi admiración hacia él no se confunde con lo afectivo, sino que se funda en lo extraordinario que era como arquero, como capitán que ordenaba al equipo y como un auténtico señor del fútbol.

El momento de mayor emoción futbolística que recuerdo fue el partido de Chile con Yugoslavia en el mundial de 1962, donde nuestro país consiguió el tercer lugar, con un gol de agonía, tras brillante y dramática tensión.

Lo disfruté doblemente. Por un lado, como todo chileno. Por el otro, como gran admirador de Fernando Riera que era otro de los grandes amigos de mi padre y cuya labor al frente de esa selección chilena me tocó seguir muy de cerca. Me dolía la incompreensión y la impaciencia hacia una labor seria, que algunos pretendían descalificar exigiéndole frutos prematuros, en un defecto típico de nuestra idiosincrasia.

Por eso cuando más de 70 mil personas se quedaron coreando el nombre de Fernando Riera al término de ese partido —por más de un cuarto de hora— hasta exigir que regresara a la cancha desde los camarines para ovacionarlo, comprobé la importancia de ser perseverante en objetivos de largo plazo, sin ceder ante las incompreensiones ni cambiar de rumbo por los vaivenes veleidosos de las masa. Junto al afecto por su persona, creo que Riera, que alcanzó merecido prestigio mundial, es una de las figuras más señeras de nuestra historia futbolística. □

DIRECTOR: Emilio Filippi - EDITOR GENERAL: Ascario Cavallo - EDITORA CUERPO DOMINICAL: Carmen Cecilia Diaz
DISEÑO: María Ulluna Soto - GERENTE GENERAL Y REPRESENTANTE LEGAL: Pablo Berwart
Cuerpo Dominical es editado por Impresiones y Comunicaciones S.A. Olivares 1229, pisos 5^o, 6^o, 9^o (teléfono) 6990067. Santiago de Chile.
Impreso por Alhorada S.A.

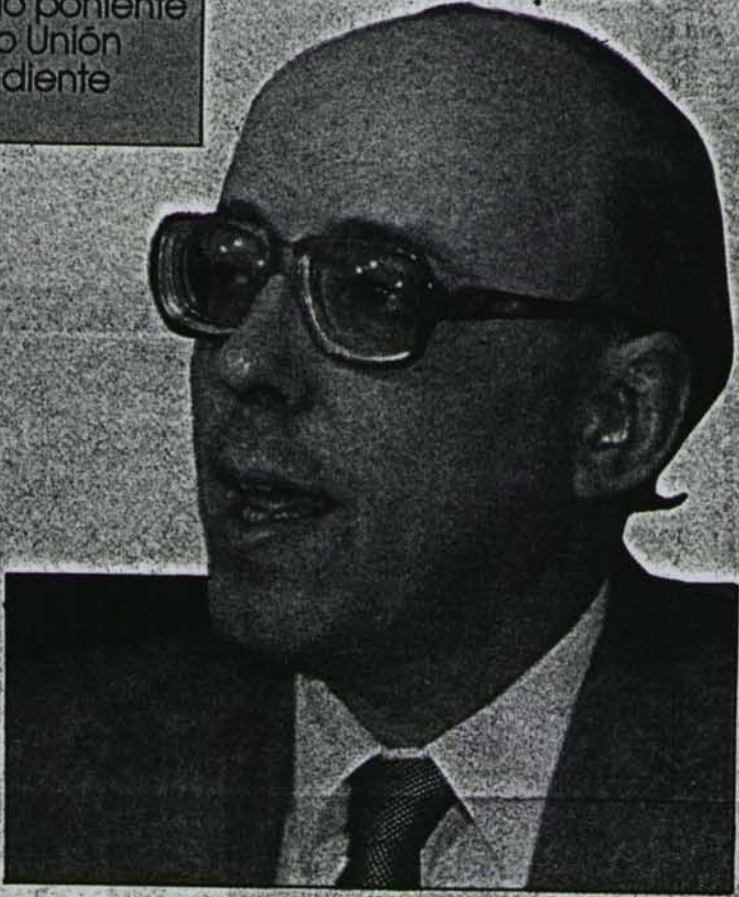
Doble de Cuerpo

Dicen que a la gente se la conoce por lo que hace; pero no siempre se ve todo lo que hace una persona. Para eso que siempre se hizo y nunca se ha dicho se abre esta página.

“NO ME CONVENCEN LOS PENALES LARGOS”

Abogado, soltero, 43 años; es senador por Santiago poniente y militante del Partido Unión Demócrata Independiente (UDI).

JAIME GUZMAN



Soy aficionado al fútbol desde que tengo recuerdo. Mi padre era dirigente de la Católica y mi madre era también hinchista entusiasta, en una época en que eso era muy poco corriente entre las mujeres.

Ambos iban todos los domingos a ver a la UC. A veces me llevaban y otras me quedaba oyendo el partido por la radio. Mi pasión por el fútbol llegaba a un verdadero fanatismo. Ahora me sigue gustando igual, pero con más tranquilidad y con mayores exigencias. La televisión nos ha permitido familiarizarnos con el mejor fútbol mundial, lo que hace menos atractivo ir al estadio a ver un partido que sea de nivel mediocre.

Es un hecho objetivo que el fútbol constituye una pasión de multitudes. En eso supera a cualquier otro deporte. Siempre me he preguntado dónde radica su magia. No creo que haya una explicación única. Pero tal vez lo más relevante reside en lo esquivo del gol. El objetivo del fútbol —que es el gol— no se produce con la profusión del básquetbol o de los puntos ganados del tenis o del vóleybol. Por eso, cada gol genera un estallido de la masa y se grita a todo pulmón.

De ahí también que un partido sin goles deja sabor incompleto, por bueno que haya sido, si bien más que el número de goles, la emoción de un partido está en la frecuencia de las ocasiones de gol.

Aun así, la innovación de los “penales largos” no me convence, porque me parece una forma artificiosa de ampliar la menos afortunada de todas las reglas del fútbol, que es el penal.

Empecé a arbitrar fútbol en el colegio, porque el usar anteojos me resultaba limitante para jugar. Además, no había muchos voluntarios para arbitrar. Le fui descubriendo progresivamente el atractivo.

Hice un curso y lo he practicado como “hobbie” desde entonces, en múltiples partidos de aficionados o ligas. Aparte de ser un excelente ejercicio arbitrar un partido encierra un desafío fascinante, sobre todo si uno aprecia la genialidad del reglamento del fútbol.

Creo que mi vocación por las leyes tiene mucha

relación con mi admiración por el reglamento del fútbol, pese a mis reservas sobre el penal.

Las reglas del fútbol conforman un conjunto armonioso y muy original, partiendo por el que no se pueda utilizar los brazos o las manos, con la excepción del arquero, figura que también le introduce un ingrediente apasionado. Pero creo que la regla clave del fútbol es el *off side* o “fuera de juego”. El inventor de ella hizo una creación notable. Toda táctica y práctica futbolística debe considerar esa regla como eje básico. Cualquier cambio en ella podría desnaturalizar por entero al fútbol.

Todos tenemos a algún futbolista como el máximo ídolo. El mío fue siempre Sergio Livingstone, a quien

considero el mejor jugador chileno de todos los tiempos. Lo conocí desde niño, porque era muy amigo de mis padres y lo veía constantemente en mi casa. Pero mi admiración hacia él no se confunde con lo afectivo, sino que se funda en lo extraordinario que era como arquero, como capitán que ordenaba al equipo y como un auténtico señor del fútbol.

El momento de mayor emoción futbolística que recuerdo fue el partido de Chile con Yugoslavia en el mundial de 1962, donde nuestro país consiguió el tercer lugar, con un gol de agonía, tras brillante y dramática tensión.

Lo disfruté doblemente. Por un lado, como todo chileno. Por el otro, como gran admirador de Fernando Riera que era otro de los grandes amigos de mi padre y cuya labor al frente de esa selección chilena me tocó seguir muy de cerca. Me dolía la incomprensión y la impaciencia hacia una labor seria, que algunos pretendían descalificar exigiéndole frutos prematuros, en un defecto típico de nuestra idiosincrasia.

Por eso cuando más de 70 mil personas se quedaron coreando el nombre de Fernando Riera al término de ese partido —por más de un cuarto de hora— hasta exigir que regresara a la cancha desde los camarines para ovacionarlo, comprobé la importancia de ser perseverante en objetivos de largo plazo, sin ceder ante las incomprensiones ni cambiar de rumbo por los vaivenes veleidosos de las masas. Junto al afecto por su persona, creo que Riera, que alcanzó merecido prestigio mundial, es una de las figuras más señeras de nuestra historia futbolística. □